

Prevención de la agresión en la infancia y la adolescencia

Victoria del Barrio, Miguel Ángel Carrasco, Miguel Angel Rodríguez y Rodolfo Gordillo

Universidad Nacional de Educación a Distancia

ABSTRACT

Aggression prevention in children and adolescents. This study aims at putting the bases for a prevention program against children's and youth's aggression, using data on relationship between aggression and parenting in a sample of Spanish children and adolescents. A special attention is recommended on education of male children at preadolescent age of broking families and low SES. The most relevant elements of the program are: reducing maternal hostility, improving behavior control of children and increasing loving/warm communication.

Keywords: prevention, aggression, children, adolescents.

RESUMEN

El estudio pretende crear las bases para la prevención de la agresión de los niños y adolescentes, usando los datos que establecen una clara relación entre los hábitos de crianza y la agresión en los hijos en una muestra de niños y adolescentes españoles. Se aconseja poner una especial atención en la educación de los hijos varones especialmente en la preadolescencia. Debe darse preferencia a chicos procedentes de clase social deprimida y de familias rotas. La mejora de la hostilidad materna, el control de la conducta de los hijos y el incremento de la comunicación afectiva son los elementos que se han mostrado más relevantes.

Palabras clave: prevención, agresión, niños, adolescentes.

La investigación última y copiosa sobre la agresión infanto-juvenil ha proporcionado una serie de conocimientos sólidos acerca de los factores de riesgo que están implicados, no sólo en la explicación de su aparición, sino en el incremento que se ha detectado en los últimos veinte años (Pfeiffer, 2004).

Los ámbitos en los que se produce esta conducta son plurales: el hogar, la escuela y el contexto social, y en todos ellos se pueden encontrar causas confluyentes en la elicitación de agresión, pero todos ellos tienen una misma raíz: la falta de control de los impulsos agresivos en la primera infancia.

* La correspondencia sobre este artículo puede dirigirse a la primera autora: Facultad de Psicología, UNED, Juan del Rosal 10, 28040 Madrid, España. E-mail: vbarrio@psi.uned.es.

Tremblay (2003), con sus estudios longitudinales, dejó perfectamente claro que la conducta agresiva se produce con mayor frecuencia entre el primer y el segundo año de vida. A partir de ahí el proceso educativo, encauzado en los hábitos de crianza paternos, va generando procesos inhibitorios de dicha conducta haciéndola remitir hasta sus justos límites, compatibles con la defensa y la adecuada interacción social. Esto es un proceso de culturización que se lleva a cabo en toda sociedad pero de muy distintas maneras, puesto que la permisividad para con la violencia difiere en función de las necesidades de cada grupo.

Los niños están sometidos a ese proceso de socialización desde la cuna, pero hay unos períodos madurativos sensibles en donde la educación es más o menos fácil. Un ejemplo clarísimo es el aprendizaje del lenguaje, enormemente fácil a los dos años, pero difícil en otros niveles de edad. Los cuatro años, los siete y los nueve son hitos madurativos adecuados para la socialización y que también tienen un paralelo en la psicomotricidad, el pensamiento y el control emocional. Se sabe que a los cuatro años un niño es capaz fisiológicamente de producir procesos inhibitorios (Fowles, Kochanska y Murray, 2000). Por tanto, es evidente que el control emocional y el establecimiento de hábitos sociales son posibles muy precozmente en la infancia. Por ello, nos hemos fijado en la forma de socialización primera que es la familia, puesto que en su seno se aprenden la mayor parte de las conductas sociales y emocionales.

Respecto a la crianza de la familia, se ha establecido que la normativa clara y ajustada junto con la comunicación afectiva cálida son las formas adecuadas para establecer una buena socialización (Constantino, 1996; Laible, 2007; Tur, Mestre y del Barrio, 2004). Por tanto, todo intento de actuar sobre cualquier tipo de violencia infantil ha de tener en cuenta el contexto familiar y su funcionamiento.

En el caso que nos ocupa, una de las formas de agresión más preocupante es la que se produce en el ámbito escolar, llevada a cabo por niños de todas las edades, pero que se convierte en especialmente peligrosa en la primera adolescencia. Se estima que el acoso escolar con violencia se mueve en un 5% de la población general infantil (Olweus, 2005) y cifras similares se encuentran dentro de la escuela en España, como consta en el informe del defensor del pueblo, 1999-2006, publicado el año 2007. Algunos autores encuentran cifras más altas en nuestra población (Hernández, Gómez, Martín y González, 2008).

Cuando se plantea la posibilidad de controlar y prevenir esta conducta hay que tomar las cosas con perspectiva y atajar el problema en la raíz. Por ello, en este estudio consideramos la posibilidad de prevención de la violencia en la escuela a través de la transformación de las pautas de crianza, partiendo de un conocimiento exacto de las mismas. El objetivo de este estudio sobre los hábitos de crianza es alcanzar un perfil de los elementos necesarios que puedan ser útiles para dar orientaciones concretas y útiles a los padres con la finalidad de que puedan evitar la agresión de sus hijos.

MÉTODO

Participantes

Se ha seleccionado una muestra representativa y aleatoria perteneciente a la población escolar de Madrid. Una vez depurada la muestra han quedado 1107 sujetos, 45% varones y 55% mujeres, con un rango de edad de 8 a 17 años y una media de 11,10. La representación de las clases sociales es regular, reproduciendo la pirámide social en función del índice de Hollingshead. Un 89% de esas familias conserva la pareja matrimonial intacta.

Instrumentos

Para evaluar los estilos de crianza del padre y de la madre se ha utilizado el CRPBI de Schaefer (1965) en su última readaptación al español de Carrasco, Holgado y del Barrio (en prensa). Está compuesto de 52 ítems que se distribuyen en 6 factores de primer orden y 3 de segundo orden que son los que se tomarán en cuenta en este estudio: comunicación/afecto, control, hostilidad/negligencia. La fiabilidad oscila entre .70 y .86. La fuente de información son los niños quienes contestan a preguntas sobre los hábitos de crianza de su padre y de su madre.

Para evaluar la agresión se ha utilizado el AFV de Caprara y Pastorelli en su adaptación al español de del Barrio, Moreno y López (2001) y aplicable a población infantil. Consta de 20 ítems; ocho miden agresividad física, nueve agresividad verbal y el resto son ítems de control. La fiabilidad es de .85 y la correlación test-retest es de .70 con un intervalo de dos semanas.

Procedimiento

Después de recabar los permisos correspondientes, se evaluaron los sujetos en su aula, en una sola sesión, durante la mañana, con la presencia de su maestro y de una manera anónima.

RESULTADOS

En relación con las diferencias de agresión en función del sexo, como suele ser habitual, los varones presentan un nivel significativamente más alto de agresión que las mujeres tanto en la agresión global como en la agresión física y verbal. Se advierte que la agresión aumenta con la edad, especialmente la agresión verbal (ver tabla 1).

Los hábitos de crianza suelen ser paralelos en ambos padres, pero las madres tienden a tener unas valoraciones medias superiores a los padres. Los hijos varones normalmente califican a sus padres como menos comunicativos, más controladores y más hostiles de lo que los califican las chicas (ver tabla 2).

Las correlaciones entre las puntuaciones obtenidas por ambos padres resultaron significativas estadísticamente, lo que muestra que los hábitos de crianza son muy

Tabla 1. Diferencias de medias en agresión física, verbal y total por sexo y edad.

Agresión	AFV		Sexo		Edad		T_{student} signif.
	Total Media (DT)	Varones Media (DT)	Mujeres Media (DT)	T_{student} signif.	8-11 Media (DT)	12-14 Media (DT)	
Física	10 (2,10)	11 (3,24)	10 (2,40)	0,01	11 (3,33)	10 (2,67)	0,01
Verbal	13 (2,51)	14 (2,40)	13 (2,68)	0,01	13 (3,03)	13,6 (3,05)	0,01
Total	21 (4,62)	22 (5,50)	21 (4,14)	0,01	21 (4,91)	22 (5,04)	0,01

Tabla 2. Diferencias en los hábitos de crianza en función del tipo de progenitor, sexo y edad del hijo.

Hábitos crianza	Progenitores Media (DT)			Sexo Media (DT)			Edad (años) Media (DT)		
	Padre	Madre	F	Varones	Mujeres	F	8-11	12-14	F
Comunicación-Afecto	56 (3,56)	57 (4,06)	5,76**	56 (6,55)	57 (7,28)	10,31**	58,23 (6,47)	56,30 (7,18)	21**
Control	25,10 (4,42)	25,48 (4,45)	4,27**	26,63 (4,46)	24 (4,24)	64,41**	26,21 (4,13)	25 (4,59)	19,96**
Hostilidad	18 (3,46)	18,13 (3,49)	2,45*	18,48 (3,83)	17,83 (3,17)	9,62*	18,47 (3,62)	17,90 (3,39)	7,04*

*p < 0,05; **Significativo p < 0,001

Tabla 3. Diferencias de medias en los hábitos de crianza en función de la clase social y la constitución familiar.

Hábitos crianza	Clase Social Media (DT)					Constitución Familiar Media (DT)		
	1	2	3	4	F	Intacta	Rota	F
Comunicación-Afecto	52 (6,18)	56 (7,28)	56 (6,59)	57 (6,26)	5,45**	56 (7,07)	55 (6,23)	0,65
Control	26 (3,87)	25 (4,49)	25 (4,40)	25 (4,53)	0,71	25 (4,49)	25,33 (4,23)	0,52
Hostilidad	19 (3,62)	18 (3,43)	18 (3,61)	18 (2,99)	1,9	18 (3,50)	19 (3,54)	3,90*

*p < 0,05; ** p < 0,001

Clase social: 1 baja; 2 media-baja; 3 media; 4 alta.

semejantes entre padres y madres en todos los factores estudiados, respectivamente: 0,60 en comunicación, 0,76 en control, y 0,67 en hostilidad. La crianza varía en función de la clase social y la composición familiar. La clase social baja es la que presenta niveles inferiores de comunicación afectiva y valores superiores en control y hostilidad. Por otra parte, la composición familiar afecta a todos los factores de crianza analizados; especialmente aparece la hostilidad que mostró niveles más altos en las familias rotas (ver tabla 3).

Tabla 4. Análisis de regresión múltiple (paso a paso) de los factores demográficos sobre agresión total

Predictores	Agresión Total		
	$R^2_{ajust.}$	β	T (p)
Sexo (1)	0.027	0.16	4,48 (0.000)
Técnicos	0.049	-0.09	-2,60 (0.009)
Familia intacta	0.054	-0.07	-2,03 (0.04)

Todos los predictores fueron centrados. Datos correspondientes al último paso de inclusión.
B = Coeficientes estandarizados. Categorías de la variable Sexo: 1 niño; 2 niña.

Tabla 5. Análisis de regresión (paso a paso) de los hábitos de crianza paternos sobre agresión total.

Hábitos de Crianza	Agresión total		
	$R^2_{ajust.}$	β	T (p)
Hostilidad	0.086	0.24	8,31(0.000)
Comunicación	0.113	-0.11	-2,80(0.005)
Afecto	0.117	-0.08	-2,03(0.000)

Todos los predictores fueron centrados. Datos correspondientes al último paso de inclusión.
B = Coeficientes estandarizados.

Tabla 6. Análisis de regresión (paso a paso) de los hábitos de crianza maternos sobre agresión total.

Hábitos de Crianza	Agresión total		
	$R^2_{ajust.}$	β	T (p)
Hostilidad	0.12	0.35	10,05 (0.0001)
Comunicación	0.13	-0.09	-3,23 (0.001)
Control	0.14	-0.11	-2,95 (0.003)

Todos los predictores fueron centrados. Datos correspondientes al último paso de inclusión.
B = Coeficientes estandarizados.

A partir de un análisis de regresión múltiple por pasos, se exploraron las variables tanto sociodemográficas como de crianza materna y paterna que resultan ser mejores predictores de la agresión. Entre los factores demográficos han resultado ser buenos predictores, en primer lugar figura el sexo, en segundo la profesión del padre, y en tercer lugar la condición de familia intacta (ver tabla 4).

Partiendo de los análisis de regresión de las variables de crianza del padre y de la madre por separado, se encuentra que, en el caso del padre, resulta especialmente buen predictor de la aparición de la agresión la hostilidad seguida de comunicación y afecto. En el caso de la madre, se produce un patrón explicativo paralelo pero con mayor potencia explicativa (ver tablas 5 y 6).

DISCUSIÓN

Se han detectado una serie de aspectos que pueden ser mejorados en la interacción de padres e hijos, sobre todo en la relación cordial entre ambos. El mundo actual ha producido una serie de cambios que ha dificultado a los padres la labor de la educación tanto en lo que se refiere al bagaje de lo transmisible como el tiempo dedicado a la posible interacción entre padres e hijos que se ve sustancialmente acortado.

Tomados los datos anteriores en conjunto podríamos inferir una serie de indicaciones que se refieren a la población diana a la que se debe dirigir los programas preventivos y sobre aquellas cuestiones en la que los padres necesitan entrenamiento en su tarea de crianza. En primer lugar, queda claro que en el caso de disponer de pocos medios el programa ha de dedicarse especialmente a varones preadolescentes que pertenezcan a clase social deprimida, especialmente si viven con un solo progenitor. En segundo lugar, es evidente que la hostilidad es el tipo de interrelación padres-hijos que resulta ser especialmente perniciosa tanto en el caso de las madres como de los padres. La hostilidad contiene ingredientes de ira, desconfianza y falta de control característicos de la emocionalidad negativa. La mayor parte de las veces, la hostilidad se elicitó en un ambiente emocional negativo en donde el niño se opone a la voluntad de sus padres y les ataca la mayor parte de las veces verbalmente. Este comportamiento tiene origen en una inadecuación de la educación emocional del niño.

Como ya se ha hecho notar en la introducción, este proceso educativo comienza en los primeros años del niño. Los tres años es un momento crucial para el comienzo de esa educación. La decisión de no atender las peticiones de un niño que grita, llora y patalea es un principio básico. El niño debe entender precisamente a esa edad que puede conseguir las cosas que pide correctamente, pero que la falta de control emocional no es rentable. No ceder ante el chantaje de los gritos es sencillo y eficaz siempre que se comience el proceso en este nivel de edad. Junto a esto, hay que cuidar la atención alternativa a la conducta amable y colaboradora. Con sólo esto, que es sencillo de entender, pero difícil de ejecutar sistemáticamente, el niño aprende a controlar su emoción negativa.

El primer paso, cuando el problema ya está constituido, es hacer a los padres conscientes de su propia hostilidad. El programa debe tender a que los padres perciban que la hostilidad les produce malestar emocional. Un listado para lograr objetivar y controlar este tipo de actitud podrían incluir ítems como: reconocimiento de pensamientos hostiles, reconocimiento de frases hostiles, pensar a qué persona o personas se dirigen, localización de lugar donde se producen, atender a cómo me siento ante una conducta hostil, atender al tono de voz con el que se dicen las cosas.

Como por otro lado se ha constatado que la comunicación y el afecto producen el efecto contrario, el programa tendría una fase positiva que se ha de orientar a la consecución de las condiciones que faciliten la interacción positiva, entre las cuales estarían las siguientes: hacer un listado de las cualidades positivas del hijo, hacer enumeración de posibles actividades agradables para llevar a cabo en colaboración, reservar una hora diaria para juegos comunes apropiados a la edad del sujeto, preguntar

por sus amigos, sus aficiones y sus preocupaciones, hacer un pequeño balance conjunto del día al irse a la cama, hacer elogios por reducción de conflictividad, evitar críticas a la persona, corregir la conducta inadecuada dando una alternativa a la reposición, elogiar oportunamente las conductas adecuadas.

La mejora de los hábitos de crianza es, sin duda una clave en el proceso de prevención de la agresividad infanto-juvenil; si un niño tiene una interacción armónica con sus padres, la posibilidad de la aparición de una conducta agresiva desciende en el ámbito familiar y en los momentos precoces en donde la acción sobre la conducta agresiva es más eficaz. Si esto se logra, la probabilidad de la agresión en la escuela declina. Como muy bien saben los maestros, la conflictividad escolar de un niño correlaciona fuertemente con el tipo de familia de donde proviene.

REFERENCIAS

- Constantino JN (1996). Attachment and aggression among children of the working poor. En CF Ferris y T Grisso, (Eds.) *Understanding aggressive behavior in children* (pp. 343-347). New York: The New York Academy of Sciences.
- del Barrio C, Espinosa MA y Martín E (2007). *Informe del defensor del pueblo, 1999-2006*. Madrid: Comunidad de Madrid
- Fowles DC, Kochanska G y Murray K (2000). Electrodermal activity and temperament in preschool children. *Psychophysiology*, 37, 777-787.
- Hernández M, Gómez I, Martín MJ y González C (2008). Prevención de la violencia infante-juvenil: estilos educativos de las familias como factores de protección. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 8, 73-84.
- Laible D (2007). Attachment with parents and peers in late adolescence: Links with emotional competence and social behavior. *Personality and Individual Differences*, 43, 1185-1192.
- Olweus D (2005). Bulling. En J. Sanmartin (Ed.), *La violencia en la escuela* (pp. 57-97). Valencia: Centro Reina Sofía.
- Pfeiffer C (2004). Violencia juvenil, concepto, tipo e incidencia. En *Violencia y Juventud* (pp. 25-52). VIII Reunión Internacional sobre biología y sociología de la violencia. Valencia: Centro Reina Sofía.
- Tremblay R (2003). Los orígenes de la violencia en los jóvenes. *Acción Psicológica*, 2, 63-72.
- Tur A, Mestre V y del Barrio MV (2004). Factores moduladores de la conducta agresiva y prosocial, el efecto de los hábitos de crianza. *Ansiedad y Estrés*, 10, 75-88.

Recibido, 7 noviembre 2007

Aceptado, 13 abril 2008

